

Introducción

En verano de 1968, Mick Jagger asistió a una fiesta de cumpleaños en su honor en el Vesubio Club, un bar recién inaugurado, a la última y de estilo marroquí, y «uno de los mejores clubs que Londres ha visto nunca», en palabras de Tony Sánchez, uno de sus propietarios. Bajo las luces negras y los bellísimos tapices, algunas de las modelos, artistas y cantantes de pop más de moda de Londres languidecían sobre enormes cojines y echaban caladas a los *hookahs* turcos, mientras un dirigible pintado de colores y lleno de helio flotaba sin rumbo alrededor de la sala. Como sorpresa, Mick llevaba consigo una copia de avance del inminente álbum de los Stones, *Beggars Banquet*, y cuando empezó a sonar por los altavoces de la sala la gente inundó la pista de baile. Con todo el personal «saltando como locos» y disfrutando del disco (que pronto recibiría el calificativo de mejor álbum de los Stones hasta la fecha), Paul McCartney entró en el local y le pasó a Sánchez una copia del siguiente sencillo de los Beatles, «Hey Jude»/«Revolution», que nadie de fuera del círculo más íntimo del grupo había escuchado todavía. Según rememora Sánchez, «el lento y atronador crescendo de “Hey Jude” sacudió los cimientos del club», y los asistentes reclamaron al *disc jockey* que pinchara la canción de siete minutos una y otra vez. Entonces, el *disc jockey* puso la siguiente canción, y todo el mundo escuchó «la voz nasal de John Lennon» vomitando la letra de “Revolution”». «Cuando terminó la canción—recuerda Sánchez—, vi que Mick parecía molesto. Los Beatles le habían robado el protagonismo.»¹

«Fue un golpe promocional increíble»,² comenta Tony Barrow, el agente de prensa de los Beatles. En aquel momento, la rivalidad generalmente cordial entre los Beatles y los Stones llevaba ya cuatro años a pleno rendimiento. Aunque los Beatles tenían más éxito comercial que los

Stones, a lo largo de la década de los sesenta ambos grupos compitieron en términos de ventas de discos, influencia cultural y credibilidad estética. Los adolescentes de ambos lados del Atlántico se autodefinían declarándose partidarios de los Beatles o de los Stones. «Si realmente te gustaba la música pop en los sesenta... no había manera de esquivar la elección, y tampoco había una tercera opción —comenta un articulista—. Podías bailar con los dos, pero tenías que dejar siempre muy claro a cuál de ellos te llevarías a casa.»³

Al principio, la rivalidad fue más intensa en Inglaterra. Los Beatles empezaron a provocar la devoción de las chicas adolescentes en la primavera de 1963, pero pronto se puso de manifiesto que la música vigorizante y el encanto seductor del grupo atraía también a los adultos. Los Cuatro Fabulosos no podían aspirar a ganarse a *todo el mundo* (eran demasiado extraordinarios para ello), pero era vox pópuli que los Beatles eran un tónico maravilloso para una sociedad que por fin parecía dispuesta a descartar los últimos vestigios represivos de la era victoriana. El efecto que estaban causando en la cultura popular británica se consideraba saludable, entonado y perfectamente oportuno.

Los Rolling Stones provocaban una reacción distinta. Pálidos y desaliñados, se negaban a llevar uniformes en el escenario, y las buenas maneras no eran su fuerte. En vez de hacer un esfuerzo para ganarse el afecto del público más amplio, fingían indiferencia ante la opinión mayoritaria. Musicalmente, se inclinaban por el *blues* eléctrico norteamericano, un género oscuro que en Inglaterra atraía a hombres y mujeres adolescentes y cuyo hábitat natural eran salas oscuras, sudorosas y llenas de humo. Los débiles de espíritu, o los que sentían apego por la tradición, sabían que era mejor mantenerse alejados de los Stones. Los adultos los consideraban una amenaza.

Esta es una de las razones por las cuales el debate sobre qué banda era la mejor, los Beatles o los Stones, estaba cargado de un significado tan profundo. Decir que eras un fan de los Beatles implicaba que (como los Cuatro Fabulosos) eras una persona equilibrada, amable y educada. No eras necesariamente un mojigato, pero tampoco ibas a desafiar las convenciones sociales. Te conformabas con casi todo. Estabas de acuerdo. Cumplías. Cuando contemplabas el mundo que algún día heredarías, te gustaba.

Alinearse con los Rolling Stones era transmitir el mensaje opuesto. Significaba que querías romper cosas, destrozarlas e incendiarlas. «Los

Beatles quieren darte la mano —escribe el periodista Tom Wolfe—, en cambio los Stones quieren quemar la ciudad.»⁴

Los seguidores de ambos grupos establecían sus lealtades en las encuestas a los lectores que publicaban periódicos musicales como *New Musical Express* o *Record Mirror*.⁵ Siempre que un grupo desplazaba al otro en lo más alto de una lista musical, la noticia iba encabezada por un titular llamativo, como si los Beatles y los Stones fueran rivales futbolísticos o candidatos opuestos a unas elecciones generales. La gente también tendía a atrincherarse profundamente en sus opiniones. Los fans de los Beatles solían ser tan devotos del grupo que no soportaban oír nada malo sobre ellos. Los acólitos de los Stones podían ser igual de intransigentes; simplemente no toleraban ningún tipo de crítica contra sus ídolos.

A veces se ha dicho que la «rivalidad» entre los Beatles y los Stones no fue más que un mito, un invento de periodistas sensacionalistas y adolescentes ingenuos. En realidad, nos cuentan, los dos grupos siempre fueron amigos, se admiraban mutuamente, se ayudaban y se apoyaban. Sin embargo, es dudoso que la relación entre ambos fuera nunca tan cómoda y sencilla. Está claro que los dos grupos forjaron una relación, pero eso nunca les impidió intentar superarse el uno al otro en todos los momentos y en todos los sentidos. Y como la mayoría de la gente comprenderá, la competencia rara vez nutre una amistad; más a menudo engendra ansiedad, suspicacia y envidia.⁶

No es de extrañar, pues, que en algunos aspectos los Beatles y los Stones no pudieran evitar actuar como bandas rivales. Cobijados en el oeste de Londres, los Stones se presentaban como cosmopolitas a la última. Estaban obsesionados con un cierto estilo «distante» que asociaban a la reserva y a la serenidad y, por lo tanto, contemplaban desconcertados el numerito del memo bonachón de los Beatles, sus réplicas agudas y cursis y su deseo evidente de complacer. Además, los Beatles eran del norte, la región industrializada y económicamente deprimida de Inglaterra que los jóvenes Stones siempre consideraron un desierto cultural. No solo estaban equivocados, sino que, como la mayoría de los habitantes de la ribera del Mersey, los Beatles eran muy sensibles a la más mínima insinuación de condescendencia. Esto ayudaría a explicar por qué, en los primeros tiempos de la relación entre ambos grupos, a menudo los exitosos Beatles parecían mandar despóticamente sobre los Stones.

Pero los Beatles no tardarían en sentirse oprimidos por su imagen adorable y repeinada, y empezaron a envidiar la relativa libertad de movi-

mientos de los Stones. También les debió de resultar irritante que los Stones fueran ganando credibilidad entre los seguidores «adecuados»: bohemios perspicaces en vez de adolescentes histéricas. De todos los Beatles, John Lennon era el que más odiaba tener que ahogar su personalidad como solía hacerlo tan a menudo. Más tarde se sentiría molesto por el modo en que las publicaciones *underground* retrataron a los Stones como héroes políticos de izquierdas, al tiempo que relacionaban a los Beatles con el idealismo blando de los *hippies*.

Los Beatles y los Stones también representan dos caras de uno de los grandes debates estéticos del siglo xx. Aún hoy, cuando dos personas quieren conocerse mejor, a menudo se preguntan: «¿Beatles o Rolling Stones?» Suele pensarse que la preferencia por un grupo en vez del otro revela algo sustancial sobre la personalidad, las opiniones o el temperamento de cada uno. Los clichés sobre ambos grupos a menudo son debatibles, pero siguen teniendo cierta plausibilidad. Con las correcciones que se quieran añadir, los Beatles pueden describirse como apolíneos y los Stones dionisiacos; los Beatles pop, los Stones *rock*; los Beatles eruditos, los Stones viscerales; los Beatles utópicos, los Stones realistas.

Ningún otro paradigma famoso de rivalidad (en literatura, pintura o arquitectura) provoca tanta controversia como los Beatles y los Stones. Y es normal que así sea. Los Beatles y los Stones fueron artistas populares de una magnitud nunca antes conocida; hoy en día sus ventas de discos a nivel mundial son imposibles de contabilizar.

Evidentemente, ambos grupos compartían muchas cosas; sus seguidores también. De haber vivido suficiente, Sigmund Freud (maestro en desenmascarar las motivaciones humanas) tal vez hubiera entendido el debate Beatles-Stones en términos de «narcisismo de las pequeñas diferencias». ⁷ «Son precisamente las diferencias menores en personas que en todos los demás aspectos son iguales las que forman la base de la hostilidad entre ellas», escribió Freud. Sin embargo, son las cualidades opuestas entre los Beatles y los Stones ⁸ (ampliamente conocidas y bien comprendidas) las que hacen irresistible la comparación. Es muy posible que ustedes, si están leyendo este libro, tengan ya una opinión formada sobre cuál de los dos grupos era mejor.

Moi-même, mi intención no es en ningún caso emitir un fallo definitivo sobre la cuestión. Muchos otros lo han hecho antes, y en cualquier caso yo no soy crítico de *rock*, soy historiador. En esta biografía conjunta me he limitado a yuxtaponer a los Beatles y a los Stones, examinar sus

interrelaciones, y mostrar cómo se edificó su rivalidad. Esto no quiere decir que no prefiera a uno de los dos grupos (por supuesto que sí), sino más bien que este hecho queda fuera del alcance de este libro.

Además, cuando la crítica racional prevalece, *ambos* grupos son alabados. En su mejor momento, tanto los Beatles como los Stones fueron irreductiblemente geniales. ¿Estoy repitiendo un dogma? Por supuesto. Pero eso no hace que lo que ambos consiguieron sea menos notable. De alguna manera, los jóvenes que formaron parte de los Beatles y los Stones se las agenciaron no solo para encontrarse a sí mismos, sino también para pulir su talento de manera colectiva. La alquimia de ambos grupos los convirtió en enormes fuerzas creativas que resultaron ser sustancialmente superiores a la simple suma de sus partes. Se hicieron adultos durante uno de los periodos más fértiles y excitantes de la historia de la música popular, y su presencia fue abrumadora.

Este, en cualquier caso, es mi punto de vista. Y sé que no estoy solo. Marianne Faithfull, que salió con Mick Jagger a finales de los sesenta, recordaba la noche que he mencionado anteriormente, cuando miembros de los Beatles y los Stones se presentaron en el club de moda y exhibieron sus más recientes creaciones ante todos sus amigos: *Beggars Banquet* y «Hey Jude» y «Revolution». «El Vesubio cerró un par de semanas más tarde —cuenta Marianne—, pero la sensación que todos teníamos aquella noche era: ¿acaso no somos el mayor grupo de jóvenes genios que ha pisado nunca el planeta, y acaso no es este el momento más maravilloso para estar vivos? Y no creo que fueran solo las drogas.»⁹

I

¿Señoritos o rufianes?

Si quisiéramos medir la distancia que dista entre lo que los Beatles y los Rolling Stones eran *en realidad*, antes de que se hicieran famosos, y las imágenes fuertemente mediatizadas y estilizadas que proyectaron más posteriormente a sus seguidores, sería útil buscar la perspectiva de alguien que no solo conociera a ambos grupos, sino que también supiera exactamente qué pretendían cuando empezaron a crear sus personajes públicos. Esta persona sería Sean O'Mahony, un exitoso publicista afincado en Londres que a menudo escribía bajo el *nom de guerre* «Johnny Dean». En agosto de 1963, O'Mahony empezó a publicar *The Beatles Monthly Book*, la primera revista para fans del grupo (más conocida con el nombre abreviado de *The Beatles Book*). En diciembre ya estaba vendiendo unos 330.000 ejemplares al mes.¹⁰ Más tarde, en 1964, lanzó una publicación de contenidos parecidos, el *Rolling Stones Book*.

Ambas eran revistas oficiales para fans, y naturalmente, antes de que O'Mahony pudiera adquirir los derechos para publicarlas, tuvo que ganarse la confianza y el afecto de cada grupo.

Conoció a los Beatles en mayo de 1963, cuando actuaron en el teatro Playhouse de Londres con el objeto de grabar algunas canciones para el influyente programa de radio de la BBC *Saturday Club*. «En cuanto di la mano a John, Paul, George y Ringo, me di cuenta de que aquel no iba a ser uno de sus encuentros guasones con la prensa», recuerda O'Mahony. Al contrario, el grupo le asedió a preguntas y sugerencias. «Publicar la revista significaba que tendrían que admitir a alguien nuevo en su círculo más íntimo —explica—, y aguantarme en camerinos, estudios de grabación, casas y, virtualmente, en cualquier parte adonde fueran.» Como quiera que O'Mahony ya conocía a los mánager de los Rolling Stones (Andrew Loog Oldham y Eric Easton)¹¹, el proceso de aclimatación no

debió de ser demasiado difícil, pero presumiblemente también tuvo que tranquilizarlos.

Aunque los Beatles y los Rolling Stones aparecían con regularidad en todas las publicaciones musicales británicas (*Melody Maker*, *Record Mirror*, *New Musical Express*, *Disc*, *Music Echo*), y también en las revistas de pop para adolescentes del país (*Boyfriend*, *Jackie*, *Fabulous*, *Rave*, *Valentine*), O'Mahony operaba con una ventaja especial: al serle concedidos los derechos únicos y exclusivos para publicar revistas de fans con afán de lucro, se vio íntimamente involucrado en una relación socio-profesional con Epstein, Oldham, Easton y los grupos a los que dirigían. Independientemente de lo que supiera o sintiera O'Mahony en privado, la identificación con la causa fue total. En 1964, cuando el periodista Michael Braun sacó su libro *Love Me Do!* (una crónica llena de chismes sobre sus viajes con los Beatles durante la primera oleada de beatlemania, que contradecía la imagen «limpia y modosita» del grupo), esta publicación ni siquiera mereció una mención en *The Beatles Book*.¹² A O'Mahony tampoco se le ocurrió desvelar que John Lennon estaba casado, porque Epstein temía que la noticia afectara adversamente a la popularidad del grupo entre las chicas adolescentes. Cuando publicaba fotos de los Beatles, O'Mahony solía recurrir a artistas gráficos que retocaban cualquier pústula o defecto que pudieran tener en la cara, asegurándose así de que fueran «la clase de fotos que Brian quiere que vean los fans».¹³

En otras palabras, durante este periodo, O'Mahony era lo más parecido a un agente de prensa de Madison Avenue. Por mucha información interna que tuviera, nunca habría publicado nada verdaderamente revelador sobre John o Paul, o sobre Mick, Keith o Brian. Sus revistas eran meras plataformas; estaban concebidas para promocionar las «marcas», cuidadosamente meditadas, de los Beatles y los Rolling Stones.

Muchos años más tarde, cuando ya no tenía ninguna necesidad de traicionar sus verdaderos sentimientos, resumió a los dos grupos de esta manera: «Los Beatles eran unos rufianes que se presentaban como chicos agradables, y los Rolling Stones eran unos señoritos que Andrew convirtió en rufianes».¹⁴ Como muchos resúmenes, seguramente este también es un poco demasiado pulcro. Pero se acerca mucho más a la verdad de lo que ninguna de las dos bandas hubiera reconocido durante la mayor parte de los sesenta.

Por descontado, el «rufianismo» es una categoría moral, no socioeconómica, pero a menudo se ha resaltado el hecho de que, por muy soleada y alegre que fuera la actitud del grupo, los Beatles procedían del viejo y horrible Liverpool, un puerto industrial decadente que había sido arrasado por la *Luftwaffe* durante la Segunda Guerra Mundial. Con una población muy diversa pero mayoritariamente compuesta por descendientes de refugiados irlandeses, el centro de Liverpool estaba poblado por rudos marineros y pubs mugrientos, y carecía casi totalmente de refinamiento. Como resultado de una combinación de orgullo, obstinación y autodesprecio, muchos habitantes de Liverpool se hacían llamar «Scousers», pero en el resto de Inglaterra este término era directamente una burla. Los Stones, en cambio, procedían de las afueras de Londres. Aunque no eran ricos ni mucho menos, en conjunto crecieron de un modo algo más holgado que los Beatles, y en una sociedad donde la distinción entre clases sociales era tan marcada, este hecho importaba enormemente. «Éramos el tipo de personas a quien los sureños, los londinenses, miraban como si fueran animales», recuerda John Lennon.¹⁵

Teniendo en cuenta la escasez y las penurias que afligieron a toda Inglaterra en el periodo inmediatamente posterior a la guerra (sumado a la dificultad de trazar distinciones entre clases), es importante ser cuidadoso al poner en perspectiva las diferencias entre los orígenes de los Beatles y los Stones. Un buen tratado sobre el entorno de los Beatles puede encontrarse en el libro de Steven D. Stark *Meet the Beatles: A Cultural History of the Band that Shook Youth, Gender, and the World*. Es cierto, señala Stark, que los Beatles procedían de la oprimida Liverpool,¹⁶ pero John, Paul y George residían en los distritos suburbanos residenciales de la ciudad, en el «lado bueno» del río Mersey. (Solo Ringo provenía del centro de Liverpool¹⁷: había nacido en una desvencijada casa adosada de un barrio tristemente famoso llamado el Dingle). Lennon fue el único Beatle que tuvo la suerte de crecer en un hogar con instalación de cañerías, pero este hecho no es tan raro como podría parecer, porque algo menos de la mitad de los hogares británicos tenían lavabos dentro de las casas en aquel periodo. Y si bien tanto Paul como George crecieron a poco menos de 1 kilómetro de distancia en casas de protección oficial subvencionadas por el Estado, su entorno no acarrea ninguno de los estigmas asociados con los barrios de viviendas protegidas al estilo americano. Eran casas que podían llegar a ser muy frías en invierno, pero, aun

así, no eran peores que los alojamientos de muchas familias de clase trabajadora de aquella época.¹⁸

Muchos años más tarde, la hermana mayor de George, Louise, se quejaría de la percepción generalizada de que su familia era tan rematadamente pobre. «Mi padre era conductor de autobús, y mi madre cuidaba de nosotros y era ama de casa —recuerda—. A veces se buscaba un empleo durante la temporada navideña... pero nunca nos consideramos pobres ni nada parecido. Después lees todas esas historias de que los Beatles se criaron en los bajos fondos y cosas por el estilo... Pero teníamos una vida familiar buena, cálida y agradable.»¹⁹ En una de sus últimas entrevistas, Lennon subraya que su infancia no se pareció en nada a «la imagen de pobreza y marginación que se proyectaba en todas las historias sobre los Beatles».²⁰

Desde luego, cuando los Beatles eran niños, todos ellos sufrieron el racionamiento de alimentos y combustible que afectó al Reino Unido. Los huevos frescos, la leche fresca y la gasolina eran difíciles de conseguir. Los cuatro Beatles debieron caminar y jugar en medio de edificios bombardeados y escombros carbonizados, producto de la guerra. La colección deslumbrante de bienes de consumo y oportunidades de ocio disponible para tantos adolescentes norteamericanos durante los opulentos años cincuenta les fueron totalmente desconocidos. Pero, para los parámetros de aquella época, solo Ringo (que además de la pobreza económica sufrió dos enfermedades graves durante la infancia) fue víctima de verdaderas privaciones.²¹

En sus años mozos, los Rolling Stones también convivieron con el racionamiento y los escombros de la guerra, pero su situación era mejor que la de los Beatles. Brian Jones, el carismático fundador y primer líder de la banda, pertenecía a una familia de clase media alta de Cheltenham; su padre era ingeniero aeroespacial y pastor de la Iglesia. Mick Jagger era de Dartford, Kent; su instruido padre era subdirector de escuela y profesor de educación física en la universidad, y su madre era peluquera (una profesión que conlleva un poco más de prestigio en Inglaterra que en Estados Unidos). Según la biografía oficial de los Stones de 1965, Jagger creció en un clima de «“distinción” de clase media».²² La casa familiar, de tres habitaciones, tenía incluso nombre (Newlands), y de pequeño la familia estuvo de vacaciones en España y en Saint Tropez. También Keith Richards procedía de Dartford. Después de asistir brevemente a la misma escuela primaria que Jagger, sus padres se trasladaron a una aburrida vivien-

da social de mala calidad, pero nunca renunciaron a sus aspiraciones de clase media. Como consecuencia, Richards fue cultivando lo que más tarde describió como un «esnobismo invertido». «Estaba orgulloso de proceder de la parte más marginal de la ciudad, y también de tocar la guitarra —se jactaba—. Los que iban a los institutos de educación secundaria se consideraban mariquitas, bobalicones.»²³ Únicamente los dos miembros periféricos de los Stones, Bill Wyman y Charlie Watts, pertenecían totalmente a la clase trabajadora: el padre de Bill era albañil y el de Charlie, era camionero. Pero a pesar de la estricta jerarquía de clase imperante en Inglaterra, según la cual los hijos seguían sin rechistar las mismas profesiones que los padres, ambos jóvenes debían de ver con un cierto optimismo sus perspectivas laborales en el momento en que se unieron a los Stones: Watts trabajaba de diseñador gráfico, y Wyman era dependiente en unos grandes almacenes y tocaba el bajo de manera semi-profesional.

Además, los Stones procedían del sur de Inglaterra, y los Beatles del norte. Las diferencias entre las dos regiones eran notorias. En 1845, Benjamin Disraeli describía la Inglaterra del norte y la del sur como «dos naciones entre las cuales no existe relación ni simpatía alguna».²⁴ Y cien años más tarde la situación apenas había cambiado. «Para los londinenses —escribe Steven Stark—, Liverpool era prácticamente una frontera, un lugar irrelevante y mucho menos importante que la capital, que se tenía por el centro de casi todo lo que la opinión mayoritaria consideraba inglés.»²⁵ Por todo ello, y aunque Liverpool pudiera tener una escena musical más robusta que Londres, los Beatles, como músicos novatos de fuerte acento *scouse*, sabían que lo tenían todo en contra. «Al ser de Liverpool —recuerda Harrison—, la gente siempre decía: “Tenéis que ser de Londres para triunfar”. Pensaban que éramos unos paletos o algo parecido.»²⁶

George tenía razón: en sus inicios, los Beatles tenían una desventaja grave a causa de su origen (tal vez más incluso de lo que pensaban). Sin duda, el ejecutivo de Decca Dick Rowe (también conocido como «el hombre que rechazó a los Beatles») estaba pensando en Liverpool cuando escuchó la cinta de prueba del grupo a principios de 1962. No es que pensara que los Beatles fueran *malos*, pero con los recursos limitados de los que disponía, la compañía tenía que elegir: podían fichar a los Beatles, o bien podían quedarse con Brian Poole and the Tremeloes. Muchos años más tarde explicó que su desafortunada decisión se basó, al menos

en parte, en que Brian Poole era de Londres. Esto significaba que su personal «podía pasar día y noche con Brian sin ningún tipo de coste para la empresa, mientras que Liverpool queda muy lejos. Tienes que coger un tren de vapor. Tienes que pagar el hotel. Y en Londres se tiene una perspectiva extraña sobre el norte de Inglaterra. Existe la creencia de que, si vives en Londres, no conoces nada que quede al norte de Watford. Por eso, en aquel entonces Liverpool nos parecía tan remoto como Groenlandia».²⁷ Marianne Faithfull, la antigua novia de Mick Jagger, también confesó que los prejuicios geográficos contra los Beatles eran rampantes entre su privilegiado círculo de amistades. «Nos parecían muy provincianos, muy formales, un poco desfasados respecto a la gente de Londres.»²⁸ Tardó un tiempo en darse cuenta de que aquella actitud era «muy condescendiente y equivocada».

Sin lugar a dudas, sería injusto, incluso estúpido, sacar demasiadas conclusiones (deducir que los Beatles eran «rufianes» o que los Stones eran «señoritos») basándonos en su lugar de procedencia. Es mucho más relevante saber que, durante la adolescencia, tres de los cuatro Beatles fueron notorios alborotadores, siendo el carismático John Lennon el miembro más bruto del grupo. En este último punto, los datos históricos son tan inequívocos que se antoja impropio profundizar en los detalles. Ya en la escuela primaria, Lennon era recordado como un delincuente común, la clase de chico que se embolsa las monedas que debía depositar en el cepillo de la iglesia y que roba el dinero del bolso de su tía. Viajaba gratis en los parachoques de los tranvías, robaba cigarrillos y luego los vendía, bajaba las bragas a las niñas, destrozaba cabinas telefónicas, quemaba cosas, hacía el payaso en clase, se saltaba los castigos, apostaba, se peleaba, provocaba el pánico cuando él y sus amigos rondaban con sus bicicletas. Era, como él mismo reconoció, el «cerebro» de aquel grupo, y muchos años más tarde, un antiguo vecino suyo comenta: «Encontrarse con John Lennon y su pandilla montados en sus bicis no era algo agradable».²⁹

Lennon continuó en la misma vena durante el periodo en que fue alumno del Liverpool College of Art, donde, según el biógrafo Ray Coleman: «Sus trabajos, erráticamente presentados, eran la última cosa que preocupaba a los profesores».³⁰ Temían más bien su increíble capacidad para meterse en líos. Armado con un humor cáustico, Lennon podía

ser espectacularmente cruel; tal como recuerda un compañero de clase: «Era el mayor cabrón que he conocido nunca. Se metía con todo tipo de personajes de la escuela, independientemente de sus orígenes, e intentaba encontrar algún modo de burlarse de ellos».³¹ Por alguna razón inexplicable, cualquiera que tuviera algún defecto físico, fuera por incapacidad o por accidente, tenía todos los números para convertirse en blanco de Lennon. El alcohol no hacía más que exacerbar su maldad, y según su primera mujer, Cynthia: «Aguantaba muy poco antes de ponerse agresivo».³² Con las mujeres, Lennon era un canalla consumado. Era odiosamente posesivo con las chicas con las que salía, pero en cambio raras veces era fiel, y despreciaba a aquellas que eran demasiado tímidas para acostarse con él. Su mejor amigo de la infancia, Pete Shotton, cuenta que «Todo el mundo, excepto un pequeño círculo de amistades, se mantenía al margen de Lennon. Incluso yo pensaba algunas veces que iba a acabar en el arroyo».³³

Por supuesto, Lennon tenía también muchas cualidades. No era raro que mostrase destellos de la calidez y la sensibilidad por la que más tarde sería conocido, y sus amigos siempre creyeron que su comportamiento odioso era simplemente un modo de camuflar su dolor y su vulnerabilidad. Aunque la biografía autorizada que Hunter Davies hizo de los Beatles insinúa que Lennon pudo haber sido feliz, la realidad es que tuvo una infancia terrible.³⁴ Su padre, Alf, lo abandonó cuando era muy pequeño, y su madre, Julia (que siempre fue una mujer de vida alegre), lo dejó posteriormente bajo la custodia de su tía Mimi y su tío George (que murió inesperadamente en 1955). De adolescente, Lennon intentó restablecer el contacto con su madre, pero el acercamiento fue confuso, como mínimo: en 1979 Lennon grabó un diario en audio que salió a la luz en 2008, en el cual recordaba la vez en que se había tumbado en la cama al lado de su madre, a los catorce años. Después de tocarle un pecho sin querer, llegó a pensar en intentar ir más allá.³⁵ Entonces, cuando Lennon tenía diecisiete años, Julia murió atropellada por un conductor despistado. «Fue lo peor que me ha pasado nunca —afirma Lennon—. En pocos años, Julia y yo habíamos recuperado mucho la relación.»³⁶

En el hecho de perder a uno de sus progenitores, Lennon tenía algo en común con Paul McCartney, cuya madre, Mary, murió a causa de las complicaciones derivadas de una operación de cáncer de pecho cuando él tenía apenas catorce años. A pesar de su aspecto de chico del coro, Paul

también se vio involucrado en algunos episodios de aberrante comportamiento adolescente, aunque en este aspecto nunca pudo rivalizar con Lennon. Solía hacer campana y robar cosas insignificantes, como cigarrillos, y es posible que en cierta ocasión participara en el robo de un equipo de sonido de cierto valor de una iglesia del barrio. Posteriormente, McCartney se mostraría disgustado ante esta falta de valores y declara: «Lo única que quería eran mujeres, dinero y ropa».³⁷ Según uno de sus biógrafos: «Sin duda, uno de los atributos naturales más notables de Paul era un delicado sentido de la diplomacia, el encanto y la capacidad de persuasión. Cuando lo pillaban con las manos en la masa haciendo cualquier gamberrada... solía arreglárselas para irse de rositas».³⁸

George Harrison, el Beatle más joven, también tuvo la habilidad de mantenerse alejado de problemas graves en su niñez y adolescencia, a pesar de que la educación que le daban sus padres era increíblemente laxa. «Me dejaban pasar toda la noche fuera y tomarme una copa cuando me apetecía —dice de sus padres—. Probablemente sea la razón por la cual hoy en día no me gusta demasiado el alcohol. A los diez años ya lo había probado todo.»³⁹ Aun así, George se embarcó en el clásico viaje anticonformista de rebelión adolescente, desobedeciendo tozudamente a sus profesores, alterando el uniforme de la escuela, peinándose el pelo hacia atrás, y vagabundeando por Liverpool calzado con unos zapatos de ante azul. «A partir de los trece años, lo único que nos interesaba era el *rock and roll*»⁴⁰, recuerda uno de sus amigos. De los cuatro Beatles, Ringo es el único cuya reputación infantil aparece impoluta de cualquier actividad dudosa. Es difícil saber si esto es reflejo de su carácter afable o bien de un gran instinto de supervivencia. Los matones que pululaban por el Dingle operaban a un nivel muy diferente al de, por ejemplo, la banda de bicicletas de John Lennon. Era el tipo de lugar, comenta Ringo, en el que «mantenías la mirada baja, los ojos abiertos, y evitabas tropezarte con nadie.»⁴¹

Ringo tampoco acompañó a los Beatles durante la mayoría de sus viajes a Hamburgo, Alemania (aunque él también actuó allí con regularidad, como batería de Rory Storm and the Hurricanes). En todo caso, los expertos en los Beatles coinciden en que la experiencia de Hamburgo fue formativa. Obligados a cumplir con un calendario brutalmente exigente, fue allí donde afilaron sus habilidades individuales, maduraron hasta convertirse en una unidad muy compacta y estrenaron, gracias a la bella fotógrafa Astrid Krichherr, los cortes de pelo que desembocaron en

el peinado beatle. Hamburgo también es el lugar donde los Beatles (compuestos por John, Paul, George, el batería Pete Best y el bajista Stu Sutcliffe) disfrutaron de un estilo de vida inimaginablemente libertino a base de alcohol, mujeres y anfetaminas, y puntuado ocasionalmente de violencia (si bien Pete evitaba las anfetaminas, y Stu era demasiado tímido para ir con mujeres, excepto con Astrid). Si algunos ejecutivos de la industria musical de principios de los sesenta tenían a los Beatles por «rufianes», estas estancias en Hamburgo (donde actuaron en cuatro clubs diferentes durante un periodo de veintiocho meses) tienen gran parte de la culpa.

Hamburgo comparte algunas similitudes con Liverpool: ambas ciudades son puertos marítimos, destino de comunidades inmigrantes, sufrieron ataques devastadores durante la Segunda Guerra Mundial, y comparten incluso la misma latitud (56 grados norte). Pero el distrito de St. Pauli, donde tocaban los Beatles, hacía que el barrio más duro de Liverpool, Scottie Road, pareciera casi apacible. Tal vez St. Pauli sea el lugar «pecaminoso» más estereotipado del mundo. Todos los clubs donde tocaron los Beatles (el Star-Club, el Kaiserkeller, el Top Ten y el Indra), estaban en o en los alrededores de la Reeperbahn, la calle que los alemanes conocen con el nombre de *die sündige Meile* (la milla del pecado). Por aquella zona pululaban las *strippers*, las prostitutas, los delincuentes de poca monta, y lo peor de cada casa se mezclaba en burdeles, clubs de sexo y oscuros y cavernosos bares controlados por mafiosos. Los Beatles, por su parte, tenían entre diecisiete y veinte años la primera vez que visitaron Hamburgo, y por primera vez en su vida tenían algo de dinero en el bolsillo. Era una llamada a la perdición.

Como intérpretes, es bien sabido que los Beatles eran animados a «*mach shau*» (dar caña), y cuando iban saturados de anfetaminas y cerveza (cosa que sucedía a menudo) no les costaba demasiado generar diversión. Aunque en esa época no eran nada más que una banda de bar, especializada en canciones de *rock and roll* de gente como Chuck Berry, Little Richard, Fats Domino y Carl Perkins, los Beatles tocaban más rápido y más duro que la mayoría de sus contemporáneos, y sus inspiradas actuaciones pronto les granjearon un buen número de seguidores. Con su postura de piernas abiertas ante el micrófono, Lennon era una presencia especialmente física, que según el biógrafo Philip Norman solía volverse «loco» en los clubs de Hamburgo, «haciendo cabriolas, arrastrándose por el suelo e imitando al primer cantante de *rock and roll* o

monstruo cinematográfico que le pasara por la mente atribulada. El hecho de que el público no comprendiera una palabra de inglés provocaba que John gritara “*Seig Heil!*” y “¡Putos nazis!”, a lo que los presentes respondían invariablemente con risas y aplausos». ⁴² En otras ocasiones, Lennon se desmayaba detrás de un piano de lo borracho que iba, dejando que los otros tocaran sin él. Una grabación pirata de 1962 documenta una actuación en el Star-Club en la que Lennon canta la letra de «Shimmy Shake» como «shitty shitty» («mierda, mierda»), y Paul presenta «Bésame mucho» como «una petición, dedicada a Hitler». ⁴³ Toda la banda comía, bebía y fumaba en escena, y no era raro que se lanzaran muebles por la cabeza mientras simulaban peleas en el escenario. Una vez, Lennon tocó en ropa interior, con una tapa de váter alrededor del cuello. A veces, los lugareños se referían a ellos como *verüchte* Beatles (los locos Beatles). Además, los Beatles vestían de cuero negro de la cabeza a los pies.

Obtener sexo en Hamburgo era fácil para los apuestos Beatles, mucho más que en Inglaterra, y ellos se lo tomaban con una gran naturalidad. ⁴⁴ Pete Best afirma que el grupo solía practicar el intercambio de parejas, y que cada miembro se llevaba a un promedio de «dos o tres chicas por noche», dependiendo del aguante de cada uno. ⁴⁵ Aunque estuviera exagerando (cosa bastante probable), sus compañeros de grupo han confirmado que llevaban a las chicas a sus estrechos aposentos para retozar a altas horas de la noche. «Fue un *shock* sexual —explica McCartney—. Recibimos un bautismo de fuego muy rápido en el aspecto sexual. Estaba por todas partes y nosotros íbamos desbocados.» ⁴⁶ Lennon lo explicaba de una manera más directa: «Entre las putas y las *groupies*, las pollas se nos caían a trozos». ⁴⁷

Por debajo de esta caótica tolerancia, unas peligrosas corrientes de violencia subterránea palpitaban por todo Hamburgo. Muchos de los camareros y barmans de los clubs donde tocaban los Beatles estaban pluriempleados como delincuentes profesionales; todos ellos llevaban navajas y cachiporras. A veces, mientras los Beatles recogían los instrumentos al final de una larga noche, los clientes que habían tenido algún altercado con los camareros seguían tumbados en el suelo, medio muertos. En otras ocasiones, las peleas de bar eran tan salvajes que solo podían apaciguarse con gases lacrimógenos, lo que naturalmente hacía que todo el mundo (Beatles incluidos) tuviera que salir a toda prisa del club, llorando y estornudando. «Prácticamente todas las noches en el Indra algún

pobre cabrón recibía un botellazo, una cuchillada o algo peor»,⁴⁸ recuerda Lennon.

Normalmente los Beatles eran simples testigos de la violencia, pero en algunas ocasiones se comportaban como vulgares matones. Los peores comportamientos se veían exacerbados por el consumo excesivo de unas píldoras para adelgazar llamadas «Prellies» (Preludin). Estas pequeñas pastillas azules, que en la actualidad ya no se venden, relajaban las inhibiciones, te mantenían despierto y te ponían los nervios de punta. En un legendario incidente, Paul y Stu *schau gemacht* (dieron la nota), liándose a puñetazos en medio de la actuación. Otra vez, mientras jugaban a cartas en el piso de arriba del Star-Club, donde se alojaban, John le partió la crisma a alguien con una botella de cerveza. «En cuestión de segundos, el tío al que Lennon había pegado se levantó y le dio una paliza de muerte, estampándolo contra las paredes del piso —relata un amigo—. Y todos nosotros nos quedamos allí y dejamos que lo hiciera, porque estábamos de acuerdo en que no se puede ir dando botellazos en la cabeza a la gente y pretender que vas a salir indemne.»⁴⁹ Según un rumor muy extendido, cuando estaba especialmente colocado, Lennon solía buscar una posición elevada desde la cual orinaba sobre las cabezas de las monjas que pasaban por la calle. En otro episodio despreciable de su carrera en Hamburgo, Lennon propuso a los otros Beatles que atracaran a un marinero borracho a quien acababan de conocer.⁵⁰ Paul y George demostraron ser demasiado cobardes para ejecutar el plan, de modo que John y Pete se quedaron solos al asaltar al achispado marinero en una esquina mal iluminada, momento en el cual recibieron más de lo que habían ido a buscar: la víctima contraatacó con una fiera tanda de puñetazos y luego blandió lo que los dos Beatles pensaron que era una pistola. En realidad, el arma del marinero solo disparaba balines de gas lacrimógeno, pero fue suficiente para hacer que los dos atracadores huyeran con el rabo entre las piernas.

Cada vez que los Beatles regresaban a los clubs y salas de baile de Liverpool, traían consigo un trocito de Hamburgo. «Gustábamos porque éramos bastante broncos, y en Alemania habíamos adquirido muchas tablas —cuenta Harrison—. Todos los grupos hacían “dum de dum”, y de pronto salíamos nosotros, brincando y pisando fuerte. Hombres salvajes en trajes de cuero.»⁵¹ Un fan de la primera época los describía así: «Eran muy broncos... Siempre llevaban chaquetas de cuero, tacón cubano y melenas. Eran muy diferentes de los grupos convencionales de la

época, con sus americanas con cuello de ante y los colores a juego, azules y amarillos». ⁵² El locutor radiofónico de Liverpool Bob Wooler recuerda que Lennon «dominaba el escenario... su forma de mirar fijamente... y de plantarse. Separaba completamente las piernas, era uno de sus rasgos diferenciales. Y por supuesto, era muy sexual. Las chicas de las primeras filas subían la mirada por las piernas y se quedaban fijas en el paquete, ni más ni menos. Adoptaba una postura muy agresiva». ⁵³ El grupo continuaba tomando Prellies y Purple Hearts (suministrados por la novia de Paul, que los robaba en la farmacia donde trabajaba), y cuando tocaban a la hora de comer, Lennon se burlaba sarcásticamente del público, en especial de aquellos que trabajaban en las oficinas cercanas. «“Cerrad el pico, los de los trajes” se convirtió en uno de los mensajes habituales de Lennon —escribe un biógrafo—. Les recriminaba que tuvieran trabajos fijos.» ⁵⁴ Y como el entusiasmo que los Beatles estimulaban en las chicas adolescentes solía provocar la respuesta inversa por parte de los rudos jóvenes del Merseyside, los Beatles seguían viéndose involucrados en broncas frecuentes. En palabras de Best, George era demasiado enclenque para una buena pelea, y a veces pedía que lo rescataran, pero «John... siempre estaba listo para liarla». ⁵⁵ Cuando Stuart Sutcliffe murió a causa de una hemorragia cerebral en 1961, la autopsia reveló una pequeña hendidura en el cráneo, y algunos han especulado que el trauma podría haber ocurrido cuando un grupo de teddy boys* de Liverpool atacó al grupo un año antes. ⁵⁶

Cuando Brian Epstein vio a los Beatles por primera vez, en el Cavern Club de Liverpool a finales de 1961, habían mejorado mucho desde su primer compromiso en Hamburgo, casi dos años antes. A pesar del mal comportamiento, los Beatles seguían cumpliendo con un calendario brutalmente exigente en Alemania. (En un periodo de un año y medio, se calcula que dieron 270 conciertos, con un total de más de 800 horas de actuación.) Epstein vio a los Beatles como cuarteto (Sutcliffe había dejado el grupo poco tiempo atrás, y McCartney ocupaba su puesto como bajista), y pronto Ringo ocuparía el lugar de Pete Best detrás de la batería. Pero por aquel entonces el grupo era muy diferente a lo que

* Subcultura británica caracterizada por hombres jóvenes con vestimentas inspiradas, en parte, por los estilos usados por los dandies de la época eduardiana, estilos que los sastres de Savile Row habían tratado de reintroducir en Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial. (*N. del T.*)

la mayor parte de la gente reconoce hoy en día como «The Beatles». Antes de salir catapultados hacia la fama, llevaban un estilo de vida muy rudo, se acostaban con quien podían, tomaban anfetaminas, bebían en grandes cantidades y se metían en peleas de vez en cuando. Cuando no iban ataviados con sus vestimentas de cuero negro, vestían de manera descuidada. Su reputación no se basaba en ninguna obra grabada, sino más bien en sus enérgicas actuaciones en directo. Comandados por un carismático líder conocido por saludar incluso a los fans con una arrogancia estudiada, proyectaban un aura absolutamente desaliñada y ligeramente peligrosa. El periodista musical británico Chris Hutchins los describe de este modo: «Cuando vivían en Hamburgo, los Beatles eran exactamente lo que los Stones llegarían a ser».⁵⁷

En cuanto a capacidad para hacer maldades y herir a los demás, Brian Jones, el fundador y guitarrista de los Rolling Stones, no se quedaba corto. Sus orígenes, en cambio, eran muy diferentes a los de Lennon. Los dos progenitores de Jones tenían estudios universitarios, y el propio Jones era un estudiante aventajado; a los quince años obtuvo nueve sobresalientes en el Certificado General de Educación (el examen de reválida británico) e ingresó en sexto curso (los dos últimos años, opcionales y selectivos, de estudios en Inglaterra). «Era un rebelde... pero cuando llegaban los exámenes, era brillante»⁵⁸, constata un amigo de la infancia. La madre de Brian, Louisa, rememora con nostalgia que el joven Brian «a veces hablaba de que quería ser dentista, y todos le apoyábamos, sobre todo cuando sacaba notas tan buenas en la escuela».⁵⁹ Jones también se mostraba como un joven muy prometedor en los deportes, y al criarse en Cheltenham (una lujosa pero aburrida ciudad balneario que Keith Richards describió una vez como un lugar de descanso «para viejas»), aprendió a comportarse de un modo respetable.⁶⁰ Tenía una vida familiar estable, y muy pronto sus padres reconocieron y alentaron su prodigioso talento musical.

Según el atormentado padre de Brian, Lewis, el principio de los problemas de su hijo con las autoridades empezó bruscamente, y con mucha fuerza, cuando tenía unos diecisiete o dieciocho años, poco tiempo después de que eligiera el saxo alto como instrumento y se convirtiera en un especialista consumado del *jazz* improvisado (al estilo de Charlie Parker). «Empezó a rebelarse contra todo, especialmente contra mí».⁶¹

recuerda Lewis. Cuando pedían explicaciones a Brian por su mal comportamiento en la escuela, que provocó por lo menos dos expulsiones, su padre se lamenta de que el chico respondía «con una lógica aplastante». «Quieres que haga las cosas que hiciste tú —replica Brian—, pero yo no puedo ser como tú. Tengo que vivir mi propia vida»; una vida que en breve tiempo conllevaría abandonar los estudios, dejarse llevar, flirtear con la pobreza y evadir las responsabilidades adultas.

En 1959, cuando Jones tenía diecisiete años, fue expulsado de la escuela secundaria de Cheltenham después de que su novia de catorce años se quedara embarazada y se negara a someterse al aborto que Brian le aconsejaba pertinazmente. Este fue el primero de sus diversos (algunos han afirmado que *cinco*) hijos «ilegítimos». Al año siguiente, una relación de una sola noche condujo al embarazo de otra mujer. Entonces, en 1961, después de deambular por varios empleos mal pagados (dependiente en una tienda, repartidor de carbón, revisor de autobús, aprendiz en una oficina inmobiliaria), Brian dejó embarazada a una joven llamada Pat Andrews. Ella también tuvo el bebé, dando por sentado que, dadas las costumbres de la época y las promesas del propio Brian, pronto se casaría con ella.

Pero no lo hizo. En vez de esto, consiguió escabullirse hasta Londres para trabajar en las oficinas de una óptica, obligando a la señorita Andrews a perseguirlo, con el bebé y sus pertenencias a cuestas, y a exigirle que los acogiera. Cuesta imaginar la vergüenza que estos sucesos debieron de causar a la familia de Brian. Tras el empleo en la óptica, Jones trabajó en unos almacenes, de donde fue despedido por hurto. Más tarde abandonaría empleos en una tienda de discos y en un quiosco, tras cometer el mismo delito en ambos sitios. «Brian era totalmente deshonesto»⁶², recuerda Ian Stewart, el teclista habitual de los Stones.

Cuando surgía la posibilidad, también era capaz de ser un maltratador de primera categoría. Keith Richards evoca el modo en que Brian solía atormentar a su inseguro y servil compañero de piso, Dick Hattrell:

En menos de dos semanas, Brian le quitó hasta el último penique, y le engañó para que le comprara una guitarra eléctrica Harmony completamente nueva, le llevara el amplificador a arreglar y le consiguiera un juego nuevo de armónicas. Dick hacía todo lo que Brian le decía. Era el peor invierno en años y hacía un frío de muerte. Brian decía: «Dame tu abrigo», y él le daba el abrigo del ejército.

«Dale el jersey a Keith», y yo me ponía el jersey. «Ahora camina a 15 metros detrás de nosotros», y nos dirigíamos al Wimpy Bar del barrio. «Quédate aquí. No puedes entrar. Danos dos libras.» Dick se quedaba a la puerta de la hamburguesería, congelándose. Otras veces Brian invitaba a Dick a comer y los tres íbamos a lo que considerábamos un restaurante muy bueno, y comíamos un plato caliente, que nadie se podía permitir, por supuesto. Entonces salíamos tranquilamente y dejábamos a Dick solo con la cuenta.»⁶³

Una noche de invierno, Brian llegó a cerrar la puerta de la casa en las narices de Hattrell, obligándolo a aporrearla durante horas, suplicando que lo dejara entrar, «y cuando lo hizo se había vuelto azul». Todavía peor, según su compañero de grupo Bill Wyman: «Una noche Brian pegó un puñetazo a Pat Andrews en la cara y ella se fue a casa con el ojo morado, llorando. Pocas horas más tarde, Brian, como un auténtico galán, ya estaba a la puerta de la casa, tirando piedrecitas contra la ventana y gritando sus disculpas. No tardaron en volver a estar juntos».⁶⁴

Philip Norman, el mejor biógrafo de los Stones, escribió que «cuando Brian fijaba sus grandes ojos de bebé en alguien y hablaba con aquella voz suave, ceceante y bien educada, era imposible imaginar el caos que fermentaba en su interior».⁶⁵ Alguien lo describió como «un ángel de Botticelli con un toque de crueldad».⁶⁶ Sus orígenes gentiles y su carácter en ocasiones tímido y tranquilo enmascaraba una capacidad increíble para dañar a los demás. A su manera, la suavidad de Jones debía de ser tan cautivadora como el humor travieso y el rápido ingenio de Lennon. Aunque raras veces era tan directamente agresivo como Lennon, está claro que compartía con él parte de la capacidad para comportarse de manera antisocial. Pero cuando examinamos los orígenes de otros futuros Rolling Stones, encontramos muy pocos detalles que sugieran que iban a convertirse en los «chicos malos» arquetípicos del *rock and roll*.

Durante la adolescencia, Michael Jagger vivió acostumbrado a las comodidades de la clase media, con recursos suficientes para ser cliente habitual de los pedidos por correo de Chess Records, el famoso sello de blues de Chicago.⁶⁷ «Entre los doce y los quince años, mi adolescencia no fue nada movida —comenta Jagger—, porque estaba concentrado en los estudios... Por aquel entonces era lo que quería hacer, y me gustaba.»⁶⁸ Sobre la notoria subcultura de los *teddy boys*, que de todos modos ya

declinaba cuando él tuvo edad para participar en ella, Jagger cuenta que «no le impresionó especialmente». ⁶⁹ Es cierto que hacia los quince años empezó a mostrar una actitud de cierta insubordinación (su nivel académico fue bajando a medida que empezaba a interesarse por las chicas y el *rhythm and blues*, y su afición por el deporte dejó paso a hábitos menos saludables, como la cerveza y el tabaco), pero nunca corrió peligro de ser expulsado de la escuela secundaria de Dartford (más o menos el equivalente a un instituto selectivo norteamericano). De hecho, sacó siete sobresalientes, ingresó en sexto curso, y fue admitido por la prestigiosa London School of Economics, donde se adaptó sin problemas y empezó a hacer planes para una carrera de élite en la política o los negocios.

En cuanto a Keith Richards, es preciso resistirse a la tentación de dar demasiada importancia al hecho de que fuera, literalmente, un chico del coro. En 1953, cuando tenía nueve años, llegó a tener el honor de cantar en la abadía de Westminster durante la coronación de la reina Isabel II. A los doce años, sin embargo, fue enviado a la mal considerada Dartford Tech, de donde, en 1959, fue expulsado por absentismo escolar. A estas alturas, Keith lucía gafas oscuras, calcetines rosas y pantalones de pitillo negros, y acarrea su guitarra a todas partes, echada sobre la espalda. «El *rock and roll* me convirtió en uno más de la pandilla —recuerda—. Antes de eso siempre estaba recibiendo. Aprendí a esquivar los golpes.» ⁷⁰ Su siguiente parada fue el Sidcup Art College, una escuela de formación profesional subvencionada por el Estado que se consideraba una última oportunidad para chicos como Richards, con la esperanza de que adquirieran algún tipo de habilidad útil en el campo del arte comercial. Pero en vez de esto Richards se encontró rodeado por muchos otros músicos alienados y vagamente bohemios. ⁷¹ Fue en Sidcup donde Richards hizo sus primeras incursiones en las drogas recreativas (anfetaminas y calmantes), pero según uno de sus biógrafos, por entonces no se le consideraba un degenerado o un alborotador, sino más bien un «parásito de espíritu libre», dotado de un ingenio considerable. ⁷²

Ni Charlie Watts ni Bill Wyman fueron causantes de desmanes durante su primera juventud. De hecho, Watts estaba considerado «el joven con más estilo» de la agencia de publicidad donde trabajaba. «Vestía pantalones de color carbón y jerséis de buena calidad cuando no llevaba traje.» ⁷³ En palabras de un amigo suyo: «La única concesión que hizo Charlie al entrar en los Stones fue quitarse la corbata para las actuaciones.» ⁷⁴ Es más, en la época en que empezó a tocar con el grupo, su

interés principal no eran el *rock* ni el *blues*, sino el *jazz*. Bill Wyman tampoco compartía los mismos intereses musicales que Jones, Jagger y Richards cuando se unió a los Stones; en vez de R&B (*rhythm and blues*) había estado tocando «*rock and roll* blanco» con los Cliftons; pero tal como escribió en sus memorias: «La diferencia entre los Stones y yo cuando nos conocimos iba mucho más allá de la música. Yo era un joven padre de familia, con esposa, un hijo de nueve meses y empleo fijo». ⁷⁵ Wyman también era unos seis años mayor, de promedio, que el resto del grupo.

Es cierto, sin embargo, que en los inicios de la saga de los Rolling Stones, cuando Brian, Mick y Keith vivían juntos, la intención aparente de convertir deliberadamente el piso de Edith Grove en una pocilga fue un intento de impregnarse de un estilo de vida bohemio. «El lugar era una pocilga que no olvidaré jamás —escribe Wyman—. Nunca he visto una cocina como aquella, había una montaña permanente de platos sucios y estaba todo asqueroso. Encontraban un extraño placer en señalar los diversos cultivos que crecían en las cuarenta botellas de leche malolientes que estaban allí tiradas en medio del moho y en los huevos congelados.» ⁷⁶ Solían escupir asquerosos gargajos contra las paredes y dejaban que la basura se acumulara por todas partes. La escasa calefacción de que disponían procedía de un contador eléctrico que funcionaba con monedas, pero a veces hacía tanto frío que se quedaban todo el día en la cama. Una única bombilla pelada colgaba del techo, e incluso la comida escaseaba. «Nunca comprendí por qué se comportaban así —declararía Wyman mucho tiempo después—. Aunque los orígenes de Keith eran de clase trabajadora, Brian y Mick procedían de familias acomodadas. La falta de dinero no podía ser la única causa para caer tan bajo.» ⁷⁷ Wyman llegó a la conclusión de que aquel comportamiento debía de tener algo que ver con las modas; debían de sufrir alguna clase de «angustia bohemía».

Así pues, la imagen que más tarde adoptarían los Stones tampoco es tan sorprendente. Mucha gente recuerda que aunque a Mick Jagger siempre le interesó conseguir el éxito económico, a la vez era un farsante consumado. Antes incluso de unirse a los Stones, se había cambiado el nombre, Michael, por el más juvenil Mick, y era famoso por su capacidad para convertir sin dificultad aparente su correcto acento de Londres en un falso dialecto *cockney* con el que podía hacer creer a los demás que era del East End. Pero más allá de esto, y con las excepciones parciales de

Brian Jones (cuyas tendencias sociópatas no se discernían inmediatamente) y Keith Richards (cuyo comportamiento rebelde no era en realidad tan rebelde), no encontramos nada en los antecedentes de los futuros Rolling Stones que sugiera que algún día llegarían a despertar un pánico y una indignación tan tremendos. Nadie hubiera sospechado que acabarían convirtiéndose en iconos inconformistas, en objetos de la furia de los tabloides y de la justicia implacable de los tribunales.

De hecho, la idea misma de que los Stones no tardarían en convertirse en sinónimo del libertinaje y los excesos *rockeros* (primero en las Islas Británicas y después en todo el mundo), habría resultado absurda para el propio grupo en su primera encarnación. Cuando los «Rollin' Stones» empezaron a actuar juntos en julio de 1962 (con una formación compuesta por Brian, Mick, Keith, Dick Taylor al bajo, Ian Stewart al piano y Tony Chapman a la batería), no se presentaban en ningún caso como *rockeros*, sino como puristas del R&B.⁷⁸ Su especialidad eran las versiones («homenajes») de artistas afroamericanos como Howlin' Wolf, Muddy Waters y Bo Diddley, que solían actuar sentados. Un testigo de una actuación de los Stones en estos primeros tiempos los describe así: «Parecían buenos chicos de la escuela de arte, sabían tocar y no hacían poses; eran casi como músicos de *jazz*... gente de izquierdas, ingenuos, amables, y totalmente carentes de carisma, simplemente tocaban lo que les gustaba».⁷⁹ Bill Wyman diría algo parecido. Cuando pasó a formar parte de los Stones en diciembre de 1962, no tardó en reconocer el atractivo sexual que proyectaban Brian y Mick, «pero en escena se esforzaban por proyectar la *música*. No se planteaban venderse como estrellas sexie del pop».⁸⁰

«La del R&B era una escena minoritaria que había que defender continuamente —según Jagger—. Era una mentalidad como de cruzada.»⁸¹ En contraste, el *rock and roll* parecía débil, artísticamente transigente y comercialmente corrupto. Una parte sustancial del público de los Stones estaba compuesta por bohemios e intelectuales, en su mayoría hombres, y no era difícil percibir una cierta medida de esnobismo en la actitud del grupo, que parecía calculada para poner tierra de por medio entre ellos mismos y lo que Jagger llamaba «pop blanco y pegajoso».⁸² «Pero siempre van a existir los chicos atractivos con peinados geniales —añadía—. En eso consiste la música pop.»